

PRESENTACIÓN DE *ECOS DE LA RESISTENCIA*, DE LECKO ZAMORA
– Feria del Libro – Febrero 2009 –

Conocí a Lecko Zamora en marzo del 2008, cuando, en el marco de los actos que conmemoraban el trágico 24 de marzo de 1976, se programó una Ronda de Lectura en la Plaza, en la Retreta, lugar que hace muchos años utilizaba la Banda Municipal dirigida por don Omobono Gusberti, para sus conciertos domingueros. Estábamos mezclados funcionarios, escritores, gente de la cultura... Recuerdo que Mempo leyó uno de sus cuentos que me pareció genial. Y así fuimos pasando todos al frente y cada uno leyó lo que había llevado. Uno de los últimos –y si no recuerdo mal, el último- fue precisamente Lecko. Ahora que lo pienso, digo que los organizadores del evento sabían lo que hacían cuando lo pusieron último. Se presentó como miembro de la etnia Wichí y anunció que leería algo escrito por él. Se trataba de *Aprender a aprender*, que está en el libro que hoy presentamos. El silencio de los que lo escuchábamos era absoluto. Pero no era un silencio de aburrimiento o desagrado. Era un silencio mágico de comunión con lo que Lecko leía. Es que fue realmente un momento mágico. Después que se disolvió la Ronda me acerqué a felicitarlo y a partir de ese momento iniciamos una cordial relación mailera.

Hoy presentamos su primer libro: *Ecos de la resistencia. La luz de nuestros ancestros*, que reúne escritos en prosa y en verso, algunos ya conocidos por mí y por mucha otra gente que tuvo el privilegio de compartir su lectura.

¿Por donde comenzar? Decido hacerlo por el subtítulo: *La luz de nuestros ancestros*.

Esta elección obedece a varios motivos:

Uno es el que el mismo autor escribe al comienzo del Prólogo:

“Nuestros abuelos siempre nos dijeron “no olviden, porque olvidar es una forma de morir”.

Tenían razón los abuelos: no olvidar es tener memoria, y la memoria es lo que nos permite tener identidad. Si no sabemos quiénes fuimos y de dónde venimos, mal podremos saber qué somos hoy y qué clase de humanos seremos en el futuro.

El otro motivo tiene que ver con nuestros más lejanos antepasados, con aquéllos mal llamados hombres de las cavernas, porque en realidad vivieron primero y durante muchísimo tiempo en las praderas hasta que descubrieron el fuego, que les permitió entibiar

las heladas cavernas y ahuyentar de ellas a los animales salvajes que las tenían como refugio. Y acá me voy a permitir hacer un paréntesis para explicar algo acerca de aquellos antepasados de todas las etnias, no sólo de las que hoy llamamos pueblos originarios, sino de la raza humana y por lo tanto también de la civilización occidental y cristiana, que de **civilización** y de **cristiana** tiene muy poco, para retomar luego el hilo del libro de Lecko.

Aquellos hombres se orientaban en el mundo por el Mito y no por el Logos o Razón, que surge recién en la cultura griega. Para entrar en este tema hay que hacer una primera aclaración: en filosofía Mito no significa ni lo que se entiende por él en el lenguaje cotidiano ni lo que surgió a partir de los griegos.

En general cuando se habla de mito se lo asocia o bien con leyenda, con narración, cuyos personajes son dioses, semi-dioses o héroes. El ejemplo más acabado de esta interpretación es la mitología griega. Y en el lenguaje cotidiano se habla por ejemplo, del mito de Gardel, de Eva Perón, del Che, de los Beatles... es decir, figuras que han impactado el imaginario popular y a los que se trata de imitar.

Nada que ver con el sentido que tiene en filosofía: mito es la manera más espontánea de ser y estar en el mundo. Es la fuerza que orientaba la conducta y la vida de nuestros ancestros, así como el instinto es la fuerza que orienta la conducta animal. Esta fuerza orientadora sigue vigente hoy en nosotros, habitantes del s. XXI, por eso resulta importante conocerla. Una de las características de aquellos hombres, a quienes para simplificar la exposición llamaremos en adelante *hombres míticos* es el fuerte arraigo con su espacio, con el lugar que habitan. Ese espacio es sagrado porque ha sido domesticado por los ritos. La palabra *domesticado* está usada aquí en el mismo sentido con que lo hace ese maravilloso escritor que fue Saint-Exupéry en una de sus obras más conocidas: *El principito*, que allí y en este tema que estamos tratando significa crear lazos, establecer vínculos. De ahí el profundo arraigo que heredan de aquellos lejanos antepasados los aborígenes de todo el mundo con su lugar, con su paisaje, con la Madre Tierra o la Pachamama, a la que hay que cuidar y reverenciar, porque hay un lazo, un vínculo muy fuerte con **su** lugar. También se da, pero en menor medida, sólo en algunos de los integrantes de lo que hemos llamado la Civilización Occidental y Cristiana.

Hay un dato curioso: aquellos remotos antepasados, tenían, como todas las culturas, rasgos valiosos y rasgos negativos, y hete aquí, que los valiosos fueron heredados en su gran mayoría por los pueblos originarios de todo el mundo: solidaridad, verdadero sentido de comunidad, respeto y cuidado de la naturaleza. Esos valores se fueron transmitiendo en forma oral hasta que apareció la escritura. Los aborígenes mantuvieron la tradición oral, sin desdeñar la

escritura. Y allí está, en lo que contaban los abuelos, la memoria de su pueblo.

Así vivían las diferentes etnias de lo que hoy es la República Argentina. Aún con sufrimientos, dolores y pesares, era una vida feliz. Hasta que llegó el fatídico **12 de octubre de 1492**, en que el otrora señor de estas tierras pasó a ser el oprimido, el dominado, el humillado. Sin mencionar los genocidios que sufrieron las diferentes etnias basta con recordar los sistemas de trabajo que se implementaron para explotarlo: la mita, la encomienda, el yanaconazgo. Les quitaron sus creencias ancestrales para evangelizarlos. Les quitaron su identidad. Los bosques que constituían su hábitat natural han sido depredados y reemplazados por la soja que alimenta los bolsillos de los que menos necesitan.

Todo este trasfondo está en el libro de Lecko, con detalles sobre cómo educan a sus niños, cómo la artesanía también ha sido un instrumento de avasallamiento a su cultura tan rica en contenido, porque **hay que hacer lo que el blanco quiere comprar** si se necesitan unos pesos para sobrevivir.

Me sorprendió agradablemente encontrar, dentro de la concepción del mundo y de la vida del pueblo Wichí, el papel que desempeña la mujer. Lecko relata el origen de la mujer -mujeres estrellas que vienen del cielo- de manera muy poética; pero además de la belleza del relato es importante señalar que la mujer ocupa un lugar destacado en la cultura Wichí: es ella la que elige a quién será su pareja. Es ella quien toma sus propias decisiones, quien guarda el fuego, da alegría, amor y vida.

¿Y nosotros, la civilización occidental y cristiana, pretendemos en nuestra soberbia, enseñarles como si fuéramos superiores, cuando en ella durante siglos la mujer fue y sigue siendo en alguna medida sometida, humillada, postergada por las decisiones masculinas?

Si sabemos leer lo no-dicho, lo que está detrás de las palabras, en el sentimiento de un hombre **que aprendió a decir su propia palabra** en lugar de seguir usando la del dominador, podremos tal vez entender que nuestros hermanos aborígenes, **esos Otros** tan vilipendiados y etiquetados como haraganes, incultos, por los supuestamente civilizados blancos, **nos necesitan. Y nosotros también necesitamos de ellos**: para que nos enseñen sus saberes ancestrales llenos de sabiduría, entre otros, el amor y el respeto hacia la Madre Tierra y el sentido de solidaridad que los blancos hemos reemplazado por la explotación de la naturaleza y por el individualismo más feroz.

En ese sentido *Ecos de la resistencia* es un aporte invaluable para que empecemos a comprendernos los unos a los otros y que

aborígenes, gringos, criollos, **todas las voces todas**¹, como dice la hermosa canción de Tejada Gómez y César Isella en su estribillo: *Todas las voces todas, / todas las manos todas, / toda la sangre puede / ser canción en el viento; / canta conmigo canta, / hermano americano, / libera tu esperanza / con un grito en la voz, resistamos* con todas nuestras fuerzas a aquellos que pretendan cambiar nuestra cultura, quitarnos nuestra identidad, después de habernos despojado de tierras, de industrias, de haber convertido en próceres a genocidas como Roca y el Perito Moreno, denunciados reiteradamente por el paciente y obstinado defensor de los mapuches, el docente, periodista y escritor Osvaldo Bayer.

Necesitamos que los pueblos originarios se pongan de pie y adquieran conciencia de los valores que encierran sus culturas y necesitamos los blancos hacer un mea culpa desde lo más profundo de nuestros corazones por haber sido tan ingenuos de seguir la corriente instaurada por "**los civilizadores**", en lugar de plantarnos y ponernos junto a nuestros hermanos Wichí, Qom, Moqoit.

Este libro *Ecos de la resistencia* no es un libro más. Es un llamado, una convocatoria, una demanda de justicia y dignidad que no podemos desoír.

Me parece adecuado cerrar esta presentación con las palabras de un chaqueño, pensador, poeta y docente de excelencia, obstinado defensor de la multiculturalidad, que a menudo repetía: ninguna cultura es mejor que otra, sólo son diferentes, y que en su última obra filosófica utiliza la misma palabra que Lecko Zamora en este su primer libro: **resistencia**. Estoy hablando de Eduardo Fracchia que dice en *Apuntes para una filosofía de la resistencia*: "(...) firmemente creemos en la utopía de un mundo de todos, para todos y que diariamente lo construyamos entre todos. El mundo posible que necesitamos sin más demora."²

Martha Bardaro

¹ Canción con todos. Letra: Armando Tejada Gómez. Música: César Isella. Intérprete más conocida: Mercedes Sosa.

² Fracchia, E.: *Apuntes para una filosofía de la resistencia*. Rcia., FMG, 2001. p.114

